

APENDICE

ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

INCORPORACION DE NUEVOS ACADEMICOS

Discurso del Dr. José L. Molinari

Reverendos Padres, Señoras, Académicos, Señores:

Entra este año la Academia en los sesenta años de su vida, y para celebrar dignamente aniversario de tanta monta, ha comenzado con la implantación y desarrollo de nuevas actividades.

Se han iniciado con un éxito por lo demás auspicioso las clases de retórica y latín a cargo de su director, y a las que concurren una serie de estudiosos para empaparse en conocimientos y disciplinas de tanta importancia como las mencionadas.

Celebra la Academia el acto de hoy, con motivo de la incorporación de dos nuevos académicos, un hombre de letras y un artista pintor.

Ha creído nuestra institución, aun llevando el nombre de literaria, no ser ajena a las actividades de la misma la incorporación de un artista, ampliando de este modo el campo de sus actividades.

Conjuntamente con la entrada del académico artista, señor Raúl G. Podestá, se tenía pensado realizar una exposición de sus obras. Por diversas circunstancias no ha sido posible tal cosa, que nos complacemos desde ya en anunciar para el año venidero.

Hemos querido, sin embargo, traer un trabajo suyo, que representa a Cristo pocos momentos antes de ser puesto en el sepulcro,

que es una síntesis verdaderamente hermosa de toda su obra. Su técnica perfecta indica la calidad del pintor, y el asunto tratado, el espíritu de profundo conocimiento que le ha animado en su ejecución.

El hecho de que este nuevo académico se haya consagrado preferentemente a la pintura religiosa, justifica el tema que he elegido para esta conferencia o conversación, que es el del arte religioso en general.

El asunto, es naturalmente amplísimo y requeriría muchísimo tiempo el recorrer aún en visión fugaz las formas del arte sagrado a través de las distintas épocas.

Posiblemente representa el final del siglo XVI y todo el siglo XVII, un momento de suma importancia en los aspectos que asumió el arte sagrado.

La Iglesia debió luchar contra la reforma y el protestantismo, y luchó por todos los medios.

El arte obedeció a sus cánones, constituyendo un arma poderosa contra los errores de Lutero y de Calvino.

El Concilio de Trento en sus conclusiones con respecto al arte religioso, se tiende como una barrera entre las representaciones anteriores a él, y el verdadero espíritu que debe animar lo religioso en las artes plásticas.

En 1563, en la vigésimoquinta y última sesión, se expresó en esta magna asamblea, la siguiente conclusión: «El Santo Concilio prohíbe colocar en las iglesias cualquier imagen que se inspire en un dogma erróneo y que pueda inducir en error a los espíritus; quiere que se evite toda señal de impureza, tratando de dar a las imágenes el verdadero carácter que corresponde al sujeto representado. Para asegurar la obediencia a estas decisiones, prohíbe el Santo Concilio el colocar en ningún lugar y aún en las iglesias no sujetas a la visita del ordinario, cualquier imagen insólita, a menos que el arzobispo no la haya aprobado.»

La primera medida que adoptó la Iglesia fué prohibir el desnudo en el arte religioso, inaugurando una era de austeridad, que estaba en perfecto acuerdo con el carácter del objeto que se debía representar.

Ya antes del Concilio, el Papa Paulo IV, había tratado de luchar contra las libertades del Renacimiento, conducta que fué seguida más adelante por Pío V y Clemente VIII.

En las obras destinadas a la Iglesia, podía haber otro inconveniente: el asunto podía ser tratado con poco respeto, sacrificándolo al decorarlo o a episodios inútiles. La imaginación del artista debe concentrarse y limitarse en el asunto que trata.

Le Brun decía que la Crucifixión más perfecta es aquella que incluye tres personajes: Cristo, La Virgen y san Juan, pues la pintura religiosa debe servir también como sujeto de meditación.

El arte religioso en esta época debía ser severo y concentrado, sin cosas inútiles que pudieran desviar la atención del cristiano que medita sobre los misterios de su salvación eterna.

Todo lo que no conduce a ese fin debe ser desterrado, pues lo que debe emocionarnos es puramente la sencilla grandeza del Evangelio y no la hermosura de la naturaleza.

Otra forma de faltar a las reglas del Concilio de Trento era la de no dar la suficiente nobleza a los personajes evangélicos.

Condenaba finalmente el Concilio las obras que propagaban algún dogma o creencia errónea. Durante los primeros años que siguieron a esta determinación, los censores eclesiásticos actuaron con vivísimo celo.

Durante la edad media los artistas representaron muy a menudo a la Virgen desvanecida al pie de la Cruz. Esta imagen, sin duda llena de emoción pareció inconveniente e indigna del arte cristiano.

El jesuita Drexelius se pregunta a este respecto: «¿Se dice acaso en el Evangelio que la Virgen estaba sentada o extendida al pie de la Cruz? De ningún modo. Se afirma claramente que estaba de pie. *Stabat.*»

No se la quería ver siquiera vertiendo lágrimas, basándose en las palabras de san Ambrosio: «Leo en el Evangelio que estaba de pie, no leo que haya llorado.»

La mayoría de los artistas acataron esta forma del concilio, pudiéndose ver por ese entonces las severas imágenes de Van Dyck, Rubens, Felipe de Champaña y otros. Al mismo tiempo, otros pintores, continuaban representando a la Virgen desvanecida, lo que hablaría a favor de cierta negligencia de los encargados de llevar a la práctica, los deseos de la Iglesia.

La Iglesia no fué, sin embargo, excesivamente severa, y junto a la antigua iconografía que permitió en parte, apoyó la nueva representación de las imágenes sagradas. No fué revolucionaria, mostrándose a pesar de su severidad, conciliante, moderada e indulgente para con las antiguas tradiciones. La Iglesia no destruyó, como se ha llegado a decir, el antiguo arte religioso, sino que lo hizo mejor, pues lo penetró e impregnó de un nuevo espíritu.

La edad de oro del Renacimiento, el arte cristiano traducía la serenidad de los tiempos antiguos, mientras que en el siglo XVII lucha contra la herejía. Expresaba el reposo en la fe y ahora la imperiosa necesidad de Dios; huía la manifestación del dolor, y representa el martirio en todo su horror; apagaba la imagen de la muerte, y escul-

pe esqueletos en las tumbas. El arte religioso del siglo XVII parece remontarse hacia atrás y estrecharse con el patetismo de los últimos siglos de la edad media.

De este modo, la Iglesia, sin ninguna violencia y dejando a las antiguas leyendas su sabor mítico y arcaico, transformó el arte cristiano.

La Iglesia de la contrarreforma, ardiente y apasionada, que convivió de angustias, lucha y martirio, esta Iglesia de los santos extáticos, modeló el arte a su imagen. Si triunfó en su empeño al imponer sus normas al arte religioso, fué también por haber encontrado artistas dóciles e impregnados profundamente del espíritu cristiano de su tiempo.

Se piensa generalmente y con escaso fundamento, que los artistas del siglo XVII, eran casi indiferentes para con el asunto que debían tratar, limitándose únicamente a la línea y el color.

No pasaba, sin embargo, así. Rubens, por ejemplo, oía misa diariamente antes de comenzar su trabajo, y no hay derecho a pensar que sus pinturas religiosas, además de su talento de artista, no apareciera también su fe.

Baldinucci comulgaba dos veces por semana y todos los años tenía su retiro de acuerdo a las normas de san Ignacio.

Guerchino apenas levantado y antes de entregarse al trabajo oraba durante una hora y oía misa.

Carlos Dolci aunque sin talento de Fra Angélico, tenía una piedad tan sólida y sincera como la de aquél.

Lucas Giordano y el mismo Tiepolo, nacidos al parecer, para expresar las alegrías y frivolidades de la vida, eran profundamente cristianos.

Entre los artistas franceses podemos citar a Juan Boucher, Callot, Deruet, La Brun, Girardon, etc.

Pero, es en España especialmente donde aparece el arte, como una función religiosa. Los austeros artistas españoles del siglo XVII, parecían hombres de Iglesia.

Montañés antes de esculpir sus vivientes Cristos y sus Vírgenes tan puras, confesaba y comulgaba.

Pedro de Mena, que tenía un hijo jesuita y tres hijas religiosas, hacía de su arte un verdadero sacerdocio. Al morir pidió ser enterrado a la puerta de una iglesia, para que todo el que entrase, pasase sobre su cuerpo.

El arte en España estaba tan íntimamente ligado a la Iglesia, que muchos religiosos eran artistas.

Todos estos cultores de las artes, tanto laicos como religiosos, estaban formados por la enseñanza de la Iglesia, y en perfecta armonía

con el pensamiento religioso de su tiempo, de modo que fueron fieles intérpretes en la lucha del catolicismo contra la reforma.

El arte religioso del siglo XVI y XVII luchó contra el protestantismo con el mismo éxito que la literatura teológica.

El protestantismo destruía las imágenes. A sus templos fríos y desnudos, contraponen la Iglesia Católica desde fines del siglo XVI, el esplendor de sus mármoles y metales preciosos.

San Pedro Canisio decía a propósito de las críticas de los reformistas: «Los novadores nos acusan de prodigalidad en el ornato de las Iglesias; con esto se asemejan a Judas que enrostraba a María Magdalena el verter perfumes sobre la cabeza de Cristo.»

El dogma de la presencia real justificaba toda la magnificencia desplegada en los templos. La Iglesia — dice Molanus — es una imagen del cielo en la tierra, Dios la ocupa por entero. ¿Cómo entonces no adornarla con todo lo más precioso que exista?

A los protestantes que no querían contemplar a Cristo sino en espíritu, respondía la Iglesia multiplicando las imágenes. «Si fuéramos ángeles — dice el mismo Canisio (*De María Virgine*), — no tendríamos necesidad de iglesias, culto e imágenes; pero no somos sino hombres. Unidos al peso de la carne, nuestra alma trata de elevarse algunas veces, pero cae con frecuencia. Es necesario que la Iglesia nos recuerde sin cesar todo aquello que olvidamos continuamente». Especialmente contra la Virgen se dirigieron los ataques de la reforma. Según sus doctrinas, los católicos adoran únicamente a ella y no a su hijo. Los luteranos y calvinistas se esforzaban en reducir a la nada el papel de la Virgen en la obra de la Redención. Algunos llegaban hasta negar la autenticidad de la palabra del ángel: «Ave Maria, gratia plena», pues decían que la plenitud de la gracia no podía pertenecerle por haber sido redimida como nosotros, por la sangre de Cristo.

Los innovadores quitaron a la Virgen toda su hermosura, poesía y grandeza. La Iglesia Católica luchó denodadamente contra los reformistas, siendo la Compañía de Jesús la Orden que más se distinguió en esta lucha sin tregua. Se le devolvió a la Madre de Dios, su belleza. La que se llamaba «obra maestra de Dios», había sido más bella no solamente que los hijos de los hombres, sino también que los ángeles.

Se le devolvió nuevamente la poesía, de que había sido despojada. Se consagran iglesias bajo la advocación de la Virgen en sus distintos nombres. Aparecen obras de arte que la representan en todo su esplendor de Madre de Dios y de los hombres.

Guido Reni, Caravaggio, el Domeniquino, Ribera, Puget, Murillo y Montañés han dejado obras maestras referentes a la Virgen, durante este período.

Según Emilio Male, ninguna igual a las de Montañés en escultura (Catedral de Sevilla) y a la Inmaculada de Murillo en pintura (Museo Provincial de Sevilla).

La Inmaculada de Montañés es pura y grande, siendo una de las obras más notables de la estatuaria del siglo XVII.

La Virgen de Murillo es un grito de éxtasis de España. Aparece por sobre la tierra, juntas las manos, bajos los ojos; el viento del infinito hace flotar su cabello y pliega suavemente la pulcritud de su manto. Radiante de pureza, más antigua que el mundo y en su eterna juventud es tan bella y sublime como el pensamiento de Dios.

Los luteranos y calvinistas atacaron rudamente el papado. Para ellos, el Papa usurpaba el derecho de Cristo en la enseñanza, es el anticristo.

A estos argumentos responde el catolicismo con las letras y las artes.

San Roberto Belarmino en sus «Disputationes», responde a golpes de maza contra los ataques de la reforma.

El arte habla a su vez. En San Pedro (de Roma) y en su fachada hizo poner Paulo V un bajorrelieve que representa a Jesucristo confiando su rebaño a san Pedro.

En la nave de la misma iglesia, se encuentra el famoso baldaquino de Guido Bernini, el Rubens de la escultura, que indica el lugar de la tumba de san Pedro. Era necesario recordar al mundo que el apóstol había sido sepultado bajo esas cuatro columnas triunfales, y que ninguna iglesia de la cristiandad debía disputar a Roma la gloria de poseer sus reliquias. Había que decir nuevamente, que el primero de los papas era la piedra y el fundamento.

En el ábside se encuentra el monumento a la Cátedra de San Pedro, del mismo Bernini. Frente a la «cátedra de pestilencia» — dice el P. Cotton — existe la «cátedra de verdad», que es la de san Pedro. De ella solamente se tiene el derecho de enseñar, pues simboliza la perpetua duración de la doctrina y la promesa de la infalibilidad que le fué hecha.

La entrega de las llaves aparece también repetidamente en el arte de este siglo.

La negación de la virtud de las indulgencias y el purgatorio, inspiró también a los artistas católicos. Las obras de Rubens (Judas Macabeo rogando por los muertos), de Guerchino (San Gregorio y las

almas del purgatorio) y de Felipe de Champaña (Las almas del purgatorio), constituyen una muestra clara y evidente del pensamiento de la Iglesia Católica acerca de estos puntos.

Los protestantes rechazaron también los sacramentos y es por eso que aparecen en distintas obras, la idea del arrepentimiento y del perdón, expresados con toda evidencia. La Magdalena penitente y el arrepentimiento de san Pedro constituyen los temas predilectos de esta categoría de representaciones del arte.

Muy especialmente contra el sacramento por excelencia, la Eucaristía, se dirigió el ataque protestante. El arte cristiano en sus comienzos y hasta la edad media, representó la Cena en el momento que Cristo pronuncia la frase «Uno de vosotros me traicionará», y no cuando dice: «Este es mi Cuerpo».

Solamente en el siglo XV aparece la Cena en esta forma, comenzando por las místicas representaciones de Fra Angélico.

A pesar de esto perduraba la antigua tradición, que tiene su forma más perfecta en la Cena de Leonardo.

Cuando aparece el protestantismo, en la segunda mitad del siglo XVI, el hermoso modelo de Leonardo es reemplazado por otro. No se trata ahora de representar el anuncio de la tradición, sino la institución de la eucaristía; es necesario afirmar lo que se niega o discute.

Los cuadros de Ribera, Rubens, Domeniquino, Vanni, y otros más revelan en los artistas la idea predominante de la divina institución.

La Victoria de la Iglesia debe ser de la eucaristía, y el exuberante Rubens celebra en sus famosos cartones, que sirvieron de modelo a las tapicerías flamencas, la conquista del mundo por la hostia y su victoria sobre el paganismo.

Lutero y Calvino enseñaban que las buenas obras no contribuyen en nada a la salvación. El hombre está tan profundamente viciado que no puede nunca merecer, ni aún con la gracia.

La Iglesia Católica responde que la fe no puede salvar sin la caridad. El hombre no sólo se justifica por la fe, sino también por las obras.

El arte representa la caridad y sus formas de expresión práctica en toda su sencillez y grandeza.

San Carlos Borromeo, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Dios y santa Isabel, reina de Portugal, inspiran las sentidas obras de Murillo, Borgioni, Felipe Valle, Puget y Daniel Crespi.

El culto que la Iglesia Católica daba a los santos, fué presentado por los protestantes como una especie de superstición pagana.

La Iglesia del siglo XVI, hizo de las canonizaciones, solemnidades magníficas. De la cúpula de San Pedro suspendían el día indicado, grandes estandartes con la imagen pintada, del nuevo santo. El artista los presentaba fielmente, sin abandonarse a su fantasía, pues tenían que estar en todo de acuerdo con la bula de canonización.

En este siglo se tiende a *representar el martirio* en su forma más patética. El genio del Renacimiento que simpatizó muy poco con el dolor y la muerte, huía las representaciones del suplicio de los mártires. Sólo en las postrimerías del siglo XVI se multiplican las imágenes violentas.

Los suplicios espantosos de san Bartolomé, san Vital y san Erasmo, eran representados en toda su crudeza espantable.

Desde fines del siglo XVI, pero más especialmente a comienzos del siglo XVII, el martirio reviste un aspecto de verdad histórica, completamente nuevo. Al mismo tiempo se despierta el sentido crítico, que llevó a rectificar muchos hechos aceptados como verídicos hasta ese entonces.

Representando el martirio y el éxtasis, es decir el sufrimiento y el amor, alcanzó el arte del siglo XVII las profundidades de la sensibilidad. Faltábale expresar las *angustias de la muerte* para traducir todos los sentimientos extremos del alma.

Desde 1570 más o menos los monumentos funerarios de las iglesias de Roma, contrastan vivamente con los de las épocas anteriores. Las tumbas del Renacimiento daban una impresión de serenidad y de paz.

Después del Concilio de Trento, y especialmente desde la fecha que hemos indicado más arriba, cambia el arte funerario. Las tumbas conservan la forma de la fachada de un templo, pero aparece ahora, siempre debajo del epitafio, una cabeza de muerto. Lleva a veces dos alas que hacen pensar en la rapidez, y en otros casos una corona de laurel que indica su triunfo. A mediados del siglo XVII aparece en las tumbas, las más de las veces un esqueleto, siendo, Bernini, uno de los primeros en asociarlos al arte funerario. Aparece también frecuentemente en grabados y pinturas, la danza macabra.

La imagen de la muerte aparece aún más temible en el siglo XVII, que en el siglo XV. La Danza Macabra conservaba un carácter general, expresando la idea de que la muerte desde el pecado de Adán, se había unido a la naturaleza humana, constituyendo el rescate del pecado. En el siglo XVII, la amenaza de la muerte es más directa: no se dirige al hombre en general, sino a cada cristiano en particular. Los cráneos con sus órbitas vacías, miran al que pasa, le ordenan detenerse y le formulan la temible pregunta de los *Ejercicios Espirituales*: «¿Quieres esperar a mañana para ser justo, moderado y caritativo? ¿Pero estás seguro del mañana?

En cuanto al arte de nuestros tiempos, el arte moderno, el arte nuevo, nada más a propósito que recordar las palabras que en diversas ocasiones ha formulado el Sumo Pontífice, Pío XI.

Frente a ciertas deformaciones y aberraciones en que se complace el arte moderno, la intervención del Santo Padre ha sido necesaria a la disciplina del arte sagrado y ha resultado no menos útil como advertencia al arte profano. En 1931, al conceder audiencia al pintor italiano Basilio Cascella, el Papa expresó en esta forma su pensamiento: «Para realizar eficazmente un arte nuevo, que lleve por todo el mundo su rostro transfigurado, existe la necesidad absoluta de posesionarse, ante todo, del oficio, y la seguridad de disponer de los medios técnicos, si se quiere expresar en forma significativa y con sinceridad los movimientos del espíritu. Debemos buscar en nosotros mismos nuestra palabra, acrecentando nuestro mundo interior. ¿Y cómo acrecentarlo sino en fuerza de sufrir? Sufrir quiere decir profundizar, o sea hacer una sola cosa del alma y de los sentidos.»

Contra la tendencia deformadora con que se quiere justificar lo «nuevo», el Papa ha definido lo que a su juicio debe ser «nuevo».

«Lo nuevo — ha dicho — no representa un verdadero progreso si no es por lo menos tan bello como lo antiguo; y con harta frecuencia, las supuestas novedades son sinceramente, cuando no también suciamente feas y revelan solamente la incapacidad o la impaciencia de esa preparación de cultura general y diseño, de esa costumbre de paciencia y concienzudo trabajo, cuya ausencia dan lugar a deformaciones que son el resultado de la tan buscada novedad.» Es lícito creer que cuando pronunciaba estas palabras, el Papa pensaba en estas manifestaciones tan feas, y por lo tanto irreverentes de supuesto arte sagrado que ha habido en los últimos tiempos, y algunas de las cuales se vieron en la primera exposición de Arte Sagrado, realizada en el año 1932 en Roma, en la Villa Umberto. «Recordamos, — dice Alberto de Angelis — (que publicó una síntesis de la misma) — una supuesta Virgen de cabellera oxigenada, cortada a la «garçonne», con los ojos pintados y las uñas afiladas y barnizadas con carmín.»

Los mismos conceptos vierte el Sumo Pontífice en su discurso de inauguración de la Nueva Pinacoteca Vaticana, en el año 1932. Se refiere el Santo Padre especialmente en la parte final de su alocución a la decoración de las iglesias, que como «Casa de Dios», debe ser particularmente cuidada. «Lo mismo ocurre, cuando el llamado nuevo arte sacro, aparece en la construcción y decoración de la «Casa de Dios» o «Casa de Oración», que son nuestras iglesias. Habitaciones de Dios o por él inspiradas, he ahí el motivo en que debe incesantemente inspirarse y a las que debe constantemente obedecer el arte que quiera llamarse sacro y racional. Si no es así, no será ni sacro ni racional;

como no es arte racional ni humano, el arte amoral, que niega o desfigura la suprema razón de ser, que es la perfectiva de una naturaleza esencialmente moral.»

La Iglesia después del Concilio de Trento retomó la dirección del arte, sin mostrarse por ello intransigente.

Fué mucho menos severa que algunos de sus intérpretes, no dando jamás fuerza de ley a obras intemperantes como el *Tratado de las Santas Imágenes*, de Molanus. Si no tuvo una decisión firme tal como aconteció en siglos anteriores, es por haberse penetrado de espíritu crítico, y debiendo elegir entre la leyenda y la historia. Si bien trató de acreditar la nueva iconografía, no se declaró abiertamente contra la antigua.

Fué indulgente para con la leyenda, en la que había tanta fé y tanta belleza.

Constituyó un poderoso auxiliar de la contrarreforma, defendiendo lo que el protestantismo atacaba: la Virgen, los santos, el papado, las imágenes, los sacramentos.

El carácter del arte cristiano a través de los siglos ha sido el de verdadero espejo de la Iglesia.

En la edad de las catacumbas se inspira en las salas subterráneas y en los versículos de las plegarias por los muertos, expresando la fe invencible de la naciente comunidad cristiana, en la vida eterna.

Después de la paz de la Iglesia, aparece y se extiende libremente en pleno sol; no disimula la doctrina bajo símbolos y narra el Antiguo y Nuevo Testamento en los muros de las basílicas.

En el siglo XII, cuando renace la escultura, y cuando los peregrinos van de santuario en santuario implorando el perdón de sus pecados, muestra a la puerta de las iglesias el Cristo del Juicio Final y la temible balanza que pesa el bien y el mal.

En el siglo XIII, en el momento en que las universidades abarcan todo el saber humano, se hace enciclopédica y esculpe al frente de sus catedrales, la ciencia divina y humana. Explica el enigma del mundo con la serenidad de la certidumbre.

En los siglos XIV y XV, las Ordenes mendicantes lo hacen temblar. Se hace tierno y doloroso como los sermones de los hijos de san Francisco, y patético como el teatro religioso.

El Renacimiento italiano le vuelve su serenidad, pero velando los aspectos dolorosos del cristianismo. El arte reviste al Evangelio de las hermosas formas griegas; y deja creer por un instante, que no es la «caridad de Pascal», sino la «belleza de Platón», la palabra que domina al mundo.

El protestantismo estalla y el catolicismo vuelve entonces a su verdadera naturaleza. El arte se hace nuevamente intérprete de la doctrina; enseña los dogmas desconocidos; expresando enteramente todo el cristianismo. No oculta el sufrimiento y coloca la muerte a la contemplación del cristiano, pero al mismo tiempo, exalta el alma, mostrándole el cielo abierto al amor.

La renovación litúrgica, que caracteriza evidentemente la vida religiosa desde unos años a esta parte, no tan sólo ha dado a conocer de un modo más profundo los misterios de la fe, ni se ha satisfecho con restablecer una intimidad más viva con la persona de Cristo; sino que ha traído una resurrección del arte cristiano.

Reverendos Padres, Señoras, Señores Académicos, Señores:

El arte en la liturgia, como dice un autor, debe enseñarnos a loar al Señor por la ofrenda de las más bellas obras de la inteligencia y de la sensibilidad humanas, por los más hermosos frutos de la tierra, y reducir a los hombres, haciéndoles gustar y desear, a través de las bellezas visibles, las más seguras y las más duraderas del mundo invisible.

Del Pbro. Dr. Alfonso Durán

Señor Presidente de la Academia; R. P. Director.

Señoras, Señores:

Honor muy alto para mí; lo comprendo. Hállome en este instante ocupando una de las más prestigiosas cátedras de la República, con la responsabilidad de una de las instituciones más resplandecientes, la Academia Literaria del Plata, y ante una concurrencia como la vuestra, que, en número y selección, parecería estuviéseis constituyendo un designio de grandeza.

No extrañéis, entonces, señores, si mi palabra hesita en esta ambiente de tanto resplandor, de tanta excelsitud, y de exquisiteces tantas.

Porque la última vez, señores, que estuve en este escenario, era con motivo de una fiesta semejante a la presente, es decir, recepción de nuevos académicos; y escuché, y seguramente muchos de vosotros escuchasteis, realizando la función que hoy a mí tócame desempeñar, a esa mentalidad de pujante concepto, a ese mago del bello decir, cuya palabra ha trazado trayectoria de aplausos por nuestra Patria y

fuera de nuestra Patria, el Dr. Faustino Legón: y me doy cuenta exacta de que aquí, señores, donde sólo príncipes de la elocuencia o de la gaya forma suelen hablar, es difícil, no ya sólo conquistar una palma, que ello fuera en mí desmedida pretensión, sino aún corresponder dignamente a la responsabilidad asumida, a las esperanzas que benignamente hacia mí se han concebido, y el merecimiento de las tantas veces blasonada institución, merecimiento que es como una exigencia emanada de su castiza y esplendorosa estirpe.

Señores: estos actos académicos, no sé qué encantos substanciales atesoran, para conseguir que así nuestra sensibilidad se impresione; para obtener que así nuestro pensamiento se despliegue; para que se produzcan en nuestro ser esos cautivadores placeres espirituales, que parecen constituir los más propios de nuestra naturaleza humana, en un¹ elevando concepto de humana, y por ende más permanentemente transcendental, y más elocuentemente perdurable.

Y es, señores, que el pensamiento significa el trasunto de la naturaleza superior del hombre; y la palabra y el lenguaje, no son sino la expresión del pensamiento: es decir, que la palabra, no sólo es la cadena de oro por medio de la cual nos vinculamos en el mundo de la actualidad con todos los demás seres humanos, sino también, mediante la cual armonízase la expresión de nuestra elevada esencia con todas las palpitantes humanas desde el paraíso bíblico hasta nuestro instante, y se enlazará con el último espíritu que nuestro planeta habite: y entonces, cultivar la palabra, como lo realizan las academias literarias, es cultivar la irradiación más específicamente humana; y es cultivarse el hombre en su aspecto bellísimo de imagen y semejanza de Dios; y es progresar en aquel don con que Dios lo ornamentó por sublime manera, en aquella genésica mañana, toda albura de inocencia, en que el Supremo Artífice hablaba con su criatura privilegiada, apenas oculto entre las gasas de los céfiros.

Señores: habla Dios a Moisés, y la omnipotente palabra lo hace libertador, legislador, sabio y poeta. Habla Dios a sus profetas, y ante la palabra de los profetas meros transmisores de la voz divina, hasta los áridos huesos se estremecen con soplo de nueva vida, y salvan los profetas la fe de aquel pueblo; pueblo entonces de selección miracular, y hoy como arena de la historia, disperso a todos los vientos de la tierra, quién sabe por qué inescrutables destinos.

Nada más grande, señores, nada más transcendente; ningún sello ni estilo alguno tan divino imprimió el Creador a su criatura como la palabra.

Tan grande, señores, tan sorprendente es el poderío esencial de la palabra humana, arquitectura orgánica de las palabras, que siendo el lenguaje expresión del pensamiento, sólo expresión del pensamiento,

refluye magnícamente sobre el mismo, y lo fija y lo simplifica, y lo precisa, y liga cada idea con su palabra, para que, oh maravilla, cada vez que nos place podamos evocarla.

¿Quién nunca podrá creer que una conquista material cualquiera, pueda gravitar en los siglos como la palabra del hombre, cuando expresiones y expresiones se ahílan conceptualmente en esas obras que, siendo ellas inmortales han inmortalizado a sus pueblos?...

Señores: nada nos ha quedado del templo de Salomón, y sólo aglomeraciones de escombros de los palacios asirios. Podrán caer piedra tras piedra las pirámides de Egipto, o ser cubiertas por los médanos del desierto. podrán acabar de transformarse en ruinas los arcos de triunfo que aun erectos o semiderruidos quedan de la antigua Roma. Sólo las memorias nos quedan de algunos monumentos griegos. Pero, las obras cumbres de la literatura de los pueblos, las comunicaciones de su espíritu creador, que por medio de la palabra nos dejaron los genios de la humanidad, esas no desaparecen: porque el genio por medio de la palabra les ha dado su fuego y su luz para que sean soles, y como soles alumbren hasta el último día de los tiempos.

Hubiera bastado la palabra del Antiguo Testamento, para que la memoria del Pueblo Hebreo jamás se diluyera en los siglos.

Bastaran Homero, o Píndaro, o cualquiera de los inmortales trágicos, para que el último día de los tiempos supiese que vibró en el mundo el alma griega.

Suficiente sería el Dante, para que jamás el planeta Tierra dejara de exclamar en itálico idioma: «Honorate l'altissimo poeta.»

No quedara del pueblo francés piedra sobre piedra, y como una pirámide de esplendor, resonaría la inspiración de Corneille, de Racine y de Bossuet.

Desapareciera bajo las olas la nación Británica, y las olas harían de personajes para representar los dramas de Shakespeare.

Borrárase de España hasta el nombre, y el espíritu de Calderón, y el de Lope de Vega y el de Cervantes, seguirían gritando: ¡España!...

Negara alguien los méritos de nuestra Patria en la epopeya emancipadora de América, y de los bloques graníticos de la cordillera, y de los estridentes vendavales del Pacífico, se alzarían las voces de aquellas legiones de titanes, que, con San Martín a la cabeza, y al son de las estrofas de nuestro himno, iban desparramando libertad y gloria por medio continente.

No os importe por eso, mucho, señores, al revolver las páginas de la historia antigua, que arda la ciudad de Troya. De esa incineración, y gracias a la palabra, seguirán en la Literatura tres nuevas ciudades que serán indelebles, porque arderán también, sí, pero de gloria; y

serán perennemente como la zarza bíblica que ardía y no se quemaba; esas eternas ciudades de versos se llamarán la *Ilíada*, *La Odisea* y *La Eneida*.

No os quejéis de que Roncesvalles sucumbiera por traición, el ínclito caballero con todos los pares del otro gran Caballero de la Barba Florida; que la Canción de Rolando y la sonoridad de su olifante, seguirán llenando de emoción los tiempos.

No os entristezcais de que la locura caballeresca trastornara a todo un largo período medieval, porque sin esa locura, no tendríamos las imperecederas aventuras de don Quijote de la Mancha.

He ahí, señores, en pocos rasgos el milagro, la sublimidad de la palabra del hombre, de la Literatura en sus grandes expresiones y, cuando no traiciona su misión: caer desde las alturas del pensamiento, sobre la humanidad, unas veces en cascadas de luz para alumbrarla, y otras veces en cascadas de líquido cristal, para que el mundo no se calcine entre el fuego aniquilador de tanta materialidad, con que a veces las groseras y egoístas pasiones, quieren aprisionarnos en esclavitud a la tierra.

Y he ahí, cómo todo los cánticos que se dirigen al pensamiento, pueden dirigirse a la palabra.

Un poeta sacerdote, Luis N. Palma, ex alumno de mi querido Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, cuna de prosistas, de poetas y de oradores, donde también formó su gay decir el Presidente de esta Academia, y disciplinó su brillantísima elocuencia uno de los académicos hoy ingresantes, el Dr. Manuel Villada Achával, Luis N. Palma, que murió muy joven, comienza así una estancia de su hermosísima composición «Las Arpas Mudas».

El pensamiento es águila y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas.

Y yo, como viene a mi caso, cambiando pensamiento por palabra, y recordándoos toda la estancia a que me refiero, os diré:

La palabra es un águila y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas;
Para alentar su marcha victoriosa
Le dan las cumbres sus eternas galas,
El espacio su cielo,
Su aliento de titán los huracanes
Y el fulgor colosal de sus incendios
El fuego abrasador de los volcanes.

Y luego aplicando a la palabra lo que en la misma composición canta de la poesía, ya que sin la palabra la poesía fuera incomunicable, os diré:

La palabra del hombre es poesía,
Es vida, es armonía,
Rumor de flores, cánticos de ave,
Alborada de luz rompiendo el día,
Grito del alma que el amor expande
En canciones suaves,
Esperanzas, anhelos, besos, lágrimas,
Notas del corazón, todo lo bello,
Dios, la Patria, el hogar, todo lo grande.

Ah, señores: siendo la palabra el signo inteligente, y no sólo instintivo con que el hombre se distingue de los irracionales, ¿qué noble actividad puede existir, ni más ecuménica, ni más elevada que el cultivo del lenguaje, ni qué jerarquía superior a la de aquellos que lo cultivan?...

Comprendo, señores, que no debo aquí cruzar el pórtico, y adentrarme en la cuestión lógica y psicológica en la cual los filósofos bastante se dividen (raro fuese que no se dividieran), acerca del origen del lenguaje.

Pero es lo cierto, que, háyase originado por directa revelación divina al primer hombre, o conforme a otras hipótesis, lo innegable consiste en que, la palabra es la expresión del pensamiento; el pensamiento es atributo del alma; el alma es aquello por lo cual vivimos en la frontera de la tierra y del Cielo y la tierra; entre lo infinito y lo finito; entre lo eterno y lo efímero; entre Dios y el hombre.

Y nadie nos traiga, que la palabra es también el instrumento de que se vale el espíritu de las tinieblas para llenar el mundo de males, como aquel maligno sembrador que vertió simiente de zizaña en el trigal evangélico; porque ello sólo probaría que hasta lo más encantadoramente hermoso y digno, se trueca en perjudicial, cuando se desvía del fin para el cual fuera por Dios ordenado.

Pero, señores: pocos instantes más y termino; pues, ni quiero abusar de vuestra atención, ni debo presumir que mis conceptos hayan de tejer un estudio a fondo sobre la palabra.

Estoy pronunciando un discurso que debe ser académico; ojalá haya sabido interpretar la misión que se me confiara. Me he referido a la palabra, porque precisamente hallámonos aquí reunidos, celebrando una fiesta de tan esclarecida Academia de Literatura.

Y en fin; si en síntesis quisiéramos enaltecer la dignidad, la luz, la hermosura, la eficacia, la inefable sublimidad que en la palabra de Dios palpita, bastara recordar que, ante el conjuro de «Fiat», palabra incomprensiblemente gestadora, surgieron los incontables mundos como chisporroteo de la divina grandeza. Y si prefiriésemos recordar tan sólo el portentoso poder que Dios mismo otorgó a la palabra del hombre, suficiente fuera no olvidar que el sacerdote prorrumpe sobre el ara: *hoc est corpus meum*, y nuevamente baja en substancia Cristo a la tierra; y nuevamente las jerarquías angélicas se estremecen ante el prodigioso poder del hombre, y nuevamente las sendas de la vida que son sendas de Calvario, se transfiguran en avenidas de Tabor y de eternas resurrecciones.

Señores: henos aquí ante los dos nuevos académicos; ante las dos gallardías intelectuales que hoy reciben su espaldarazo, como caballeros de esta institución que tantas glorias tiene conquistadas: Raúl Podestá y Manuel Villada Achával.

Raúl Podestá: verdadero creador de admirables expresiones pictóricas y escultóricas. El que en su paleta guarda mundos de emociones. Alumno de este insigne colegio, a los 15 años presenta su primer cuadro que fué su primer triunfo. Pocas veces una aurora había amanecido tan temprano. A los 19 años marcha como un idealista del arte a Francia e Italia, y se poseciona de todo el secreto de los maestros inmortales.

Recorre más tarde otra vez la Europa entera, pero ya gozando con el eco de su renombre, pues la fama le ha resultado propicia.

En su primera exposición «París-América» conquista laurel inmarchitable. Veréis vigorosísimos lienzos de Raúl Podestá en el Museo Argentino. Si alguna vez visitáis Europa y os halláis en la ciudad-luz, visitad la iglesia de San Francisco de Sales, y quedaréis estupefactos ante el Cristo en talla de tamaño natural. Y si tenéis oportunidad de acudir a grandes mansiones de Bélgica, España, Francia, e Italia, gozaréis viendo en galerías particulares a este compatriota, a quien hoy la Academia abre sus puertas, en su afán de convivir no sólo con literatos, sino también, con artistas de otras expresiones. La Academia ha querido hacer justicia a este espíritu, y le dice: entra, hermano.

En la imposibilidad de organizar para hoy una exposición de sus obras, ahí tenéis una muestra sintética, en el testero de este escenario. Y para no redundar en elogios a este hombre, os diré solamente que Camile Maclair, ha trazado su laudatoria, y ello, equivale a una exaltación pocas veces contemplada.

Manuel Villada Achával: a quien tantas veces vosotros aquí en la Capital Federal, al escuchar sus arrebatadores discursos cubristeis con

vitores y entusiasmos como si fueran lluvia de flores, y a quien todos los argentinos en las distintas provincias han tributado verdaderos himnos en los revuelos de sus aplausos.

Permitidme un recuerdo personal: Ya sacerdote, solía concurrir yo, como siempre lo hago, a las selectísimas fiestas que proporciona el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, colegio famoso como sabéis de la Compañía de Jesús.

Formaba entre los alumnos de más destacada personalidad, el entonces jovencito Manolo Villada Achával. En aquellas luminosas fiestas del Colegio, enaltecidas por verdaderas constelaciones de selectísima concurrencia, recitaba de vez en cuando versos míos, el singular alumno a quien desbordante de cariño todo Santa Fe llamaba sencillamente Manolo.

Y hoy en que tras años y años hallámonos los dos por feliz coincidencia en este proscenio, permitidme os diga, señores, como un desahogo personal y en honor del nuevo académico, que nunca sentí vibrar mis versos en labios en que tanto se enaltecieran, como en labios de aquel admirable alumno. Mis poesías en sus labios adquirirían parecida majestad a la que adquirirían hace muchos siglos las humildes hojas de esa humilde planta que llamamos laurel, al estremecerse sobre la frente de un griego.

Con cuánta razón díjome cierto día mi querido ex condiscípulo y amigo entrañable de todos los tiempos, hermano nuestro de Academia y luminar de las letras argentinas Gustavo Martínez Zuviría: mira, Alfonso; tú, recitas bastante bien tus versos; pero cuando los quieras hacer valer más, dile a Manolo Villada que los recite.

Orador, ensayista, periodista, y siempre levantando en alto la bandera argentina, en cuyo extremo superior en vez de moharra él clavara una cruz, Manuel Villada Achával ha desplegado en cien ocasiones las randas blancas y celeste hacia todos los vientos de la Patria, señalando las rutas de las grandes cruzadas, mientras enardecía con su verbo a las multitudes.

Manuel Villada Achával, es un hombre de excepción: hay un solo Manuel Villada Achával.

Señores: la Academia Literaria del Plata, a la cual da aliento de excelsitud desde hace años un presidente del pujante valor del doctor Faustino Legón, y sabias directivas un hombre de la briosos intelectualidad, del exquisito gusto literario, y del gran corazón que significa el R. P. Oscar J. Dreidemie, se siente orgullosa con sus dos nuevos académicos.

Del Sr. Manuel Villada Achával

Señores Académicos; Señoras, Señores:

Me he permitido traer a este recinto un recuerdo del año 16; un pasaje pintado en mi memoria con gamas de claridad; una evocación ingenua como la infancia, transparente como la adolescencia; momento de mi vida que supo detener el instante fugitivo y brindarme la hondura de mi primera emoción.

Veintidós años hace que, en fecha de Santa Rosa, la Academia Literaria del Plata acogía entre sus brazos a cierta embajada de Santa Fe: eran jóvenes y niños de aquella otra Academia de mi Colegio de la Inmaculada, hermana menor de la vuestra, cuyo nombre encierra tibieza de nido, rumor de aleteos primeros, sonoridad de rimas, arrebatos de ensueños juveniles y cristiana cadencia de oración.

Entre ellos, uno traía cierto poema místico, como quien pretende conducir un astro en el hueco de la mano o transportar la luz de muchas estrellas en lo más hondo del espíritu.

Así llegué a la Academia del Plata por primera vez; y aquí he logrado sentir en ese entonces, que yo era planta arraigada a la Casa donde florece; aquí me fué posible experimentar la revelación del Arte que absorbe y cautiva; aquí vibré dominado por la potencia del numen que es idea, pensamiento y palabra; aquí mi inquietud inicial quebró su tenue crisálida, y aquí, hoy como antaño, vuelvo a encontrarme con la serenidad de esos paisajes interiores que, en vuestro recinto de Estudios Literarios, tienen expansiones de infinito para el alma, mirajes de cielo para los sentidos y amplitud de eternidades para el corazón.

Señores Académicos:

Gran honor entraña el nombramiento que me incorpora a vuestra familia; y lo agradezco muy hondamente, seguro de que mi designación, más traduce un propósito de noble estímulo que una recompensa por obra realizada.

Honor grande, repito, realizado por las conceptuosas palabras del señor vicepresidente; la presencia de tantos cerebros ágiles y vigorosos; mi admisión conjuntamente con don Raúl Guillermo Podestá, tan modesto en su conducta como valor auténtico y sobresaliente en la expresión de su arte privilegiado; y los conceptos vertidos por el presbítero doctor Alfonso Durán; este gran poeta santafecino, sacerdote y maestro, que acaba de cumplir, con el aplauso unánime de su pueblo, la etapa más brillante de su labor docente en el Colegio Nacional de

Santa Fe; poeta cuya inspiración ha culminado en los magníficos versos que hace unos meses dedicara «A la Virgen Coronada», en la ciudad de Garay, en ocasión de celebrarse el 75.º aniversario del Colegio de la Inmaculada Concepción, a cuyos ex alumnos dedicó también, años atrás, estrofas inolvidables, impregnadas de amor y de gratitud a los reverendos Padres Jesuitas, sus maestros. Entonces nos decía:

Y en la inmensa batahola
Si el triunfo la gloria os dió
Fué porque sangre os quedó
De la sangre de Loyola.

Señores:

La distinción que realizáis conmigo me exige responsabilidades. Yo no pretendo llegar a vuestro sitio con el lauro simbólico de los aedos; ni con plumas arrancadas al ala de un ave fénix; ni con buriles praxitélicos que sepan de formas puras y de sutiles filigramas labradas en mármol.

Sin embargo, sé vibrar con las expresiones de la belleza; me seducen los frutos del talento; reverencio a Dios ante las obras perfectas de sus criaturas; y por El y por mi Patria, por ideales cristianos y patrióticos, he recorrido parte de la dura trayectoria del periodismo, que quiere decir *lucha firme*, y que acaso señala en vuestro novel compañero, a un modesto hombre de intenciones limpias, tenaz en el esfuerzo y reconcentrado en la acción.

Entiendo que vuestras inteligencias os impulsan a honrar en alguien tales empeños y, más que mi persona, reciben en mí vuestra deferencia muchos varones de buena voluntad, que se afirman en sus creencias, combaten por ellas, polemizan, argumentan, refutan, defienden, y en el esfuerzo mismo encuentran la recompensa porque aportan una molécula al empuje universal, comprendiendo que las luchas ideológicas se resuelven por el triunfo de la perseverancia; que, con la ayuda de Dios, se decoloran los guñapos rojos al soplo del pampero nacionalista, que a la cortante hoz, debemos oponerle recios troncos de árboles criollos; al pesado martillo, pechos de acero inmovibles; y que a los puños cerrados como piedras hay que arrojarles pensamientos resistentes como granito.


Yo creo que nunca sentimos tanto la necesidad de factores anímicos: fueron motor de la cultura desde antaño, y la juventud supo sujetar con ellos el pendón de sus ideales. Por tal causa, confío en los jóvenes de mi patria, cerca de quienes debemos estar siempre con la guía, con el precepto, con la advertencia, con el consejo, con el ejemplo y con el sacrificio.

La generosidad de vuestra institución — también mía desde hoy — ratificada gloriosamente a través de los sesenta años que cumple ahora ha buscado, insisto, a un combatiente sin más título que sus convicciones y su confianza en la eficacia de los altos principios.

Ellos me alentarán para llegar cual debo hasta vosotros, como antaño conducían las brisas helénicas a los discípulos de Platón, hasta el pórtico de las reuniones, a través del florido laberinto de los jardines de *Academus*.

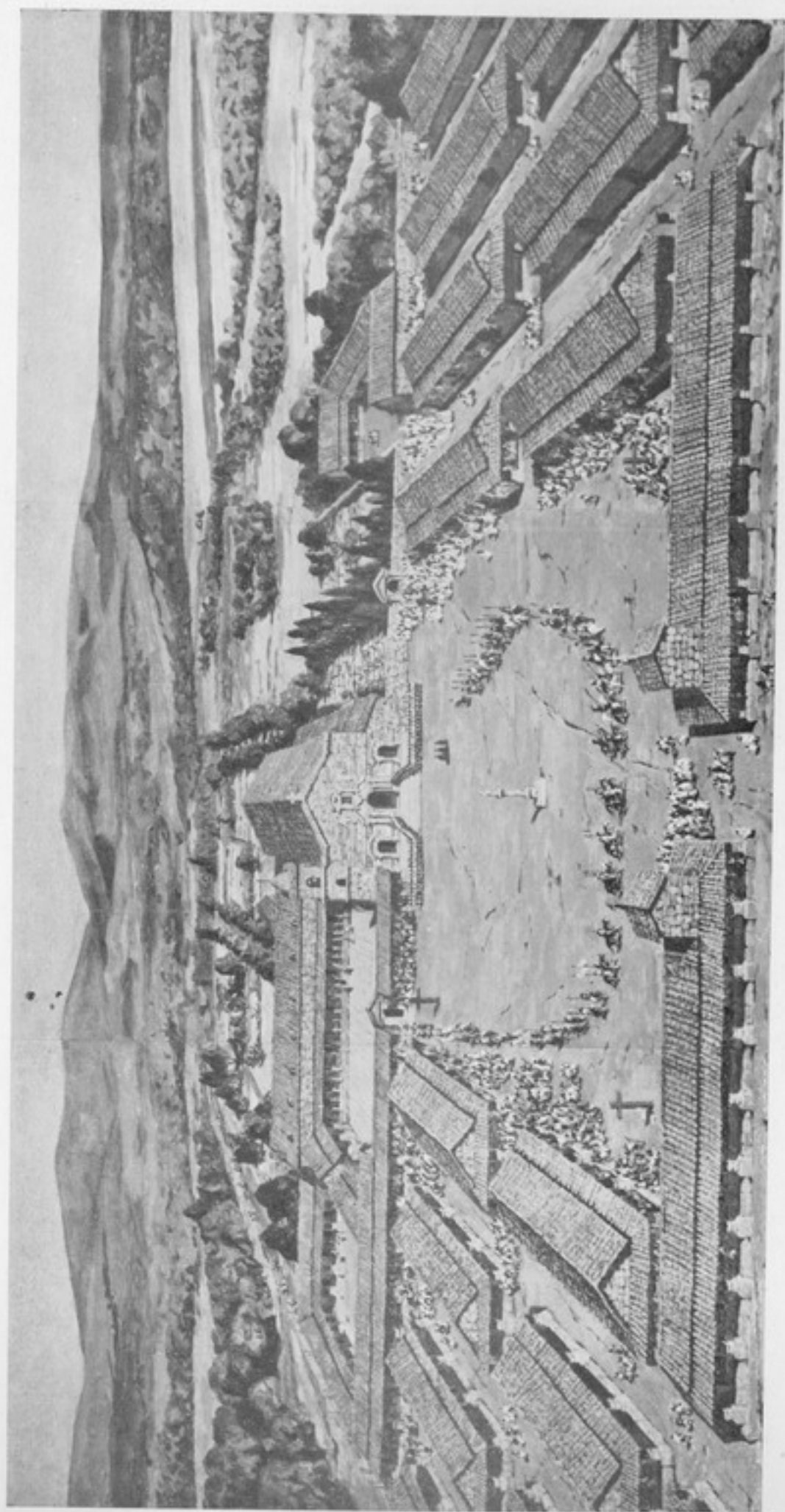
Así quiero participar de vuestras asambleas, de vuestros certámenes, de vuestro refugio donde el amor no es un mito ni la caridad una expresión; de vuestra Casa abierta para la investigación del erudito, para el acento del poeta, para las concepciones del artista; de vuestras tareas que os llevan a buscar la paz en la fuente de Dios nuestro Señor; y de tal modo trabajaremos todos juntos, dinamismo y reflexión, empuje y serenidad, fortalecidos moralmente por estos Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, misioneros de la palabra divina, depositarios de ciencia, cruzados de la enseñanza y apóstoles de la Doctrina verdadera.

Ha llegado la hora de edificar: construyamos nuestra atalaya, sin el orgullo de Babel; enraicémosla en tierra propia, en nuestra buena y fecunda tierra argentina, proporcionemos luz a sus murallas, defensa a sus troneras, solidez a sus bastiones; pongamos alas al pensamiento, mordazas al sofisma, cerrojos a la vanidad; y reclamemos del Cielo protección para que nuestra Academia Literaria del Plata — plata también en su nombre — brille con el resplandor de la zarza ardiente, desde cuyo seño lanzó su verbo profundo, el Espíritu llameante de la Verdad, la Belleza y la Justicia.

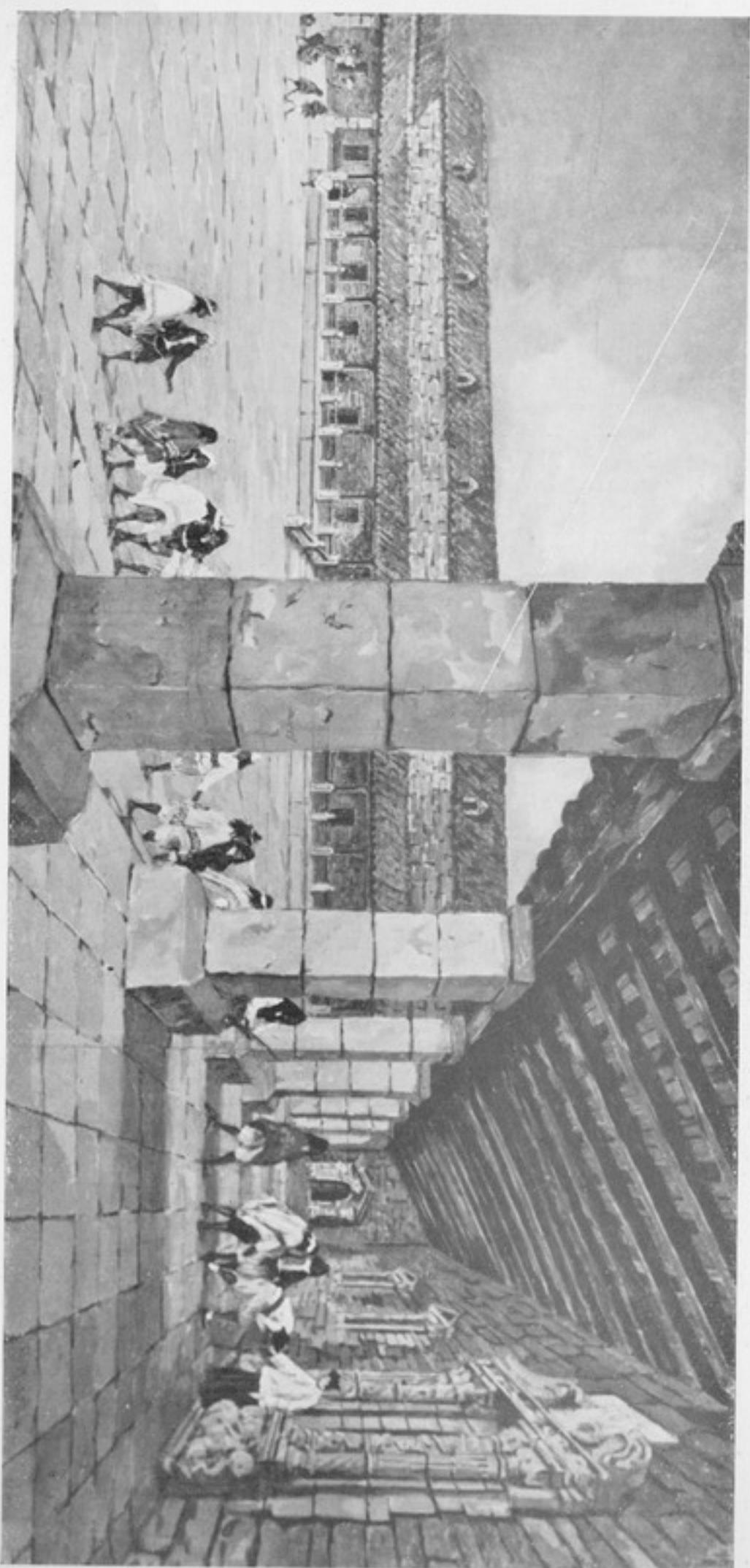




Dr. MARTIN GARCIA MEROU



LEONIE MATHIS. — La visita del Gobernador.



LEONIE MATHIS. — El besamanos de los caciques.